

consuelos, sin afectos. ¿Me comprendes, hija mía? Tengo miedo de que se halle solo, cerca de mi cuerpo moribundo, de mi cadáver tal vez... Por último, no quisiera morir sin volver á verte, sin abrazarte, sin hacerte conocer mi última voluntad, y como me resta muy poco tiempo de estar sobre la tierra, quiero que no estés demasiado lejos de mí... Si pudiera proporcionarme la alegría de colocar tu mano en la de Armando y reunir las ambas en la mía, cuando dé el último suspiro, abandonaría la tierra más tranquila, casi consolada. ¿Me comprendes, es cierto? Él ha sido mi única adoración en el mundo, y en el momento de morir, te lo lego con el deber de amarle como yo le he amado, de sustituirme á su lado para velar por su dicha. Al obedecerme, querida hija mía, habrás ejecutado mi postrera voluntad y merecerás que te bendiga con todas las fuerzas de mi ternura, ya en calma.—MINA.»

Después de terminada la carta, la condesa experimentó un alivio completo, quedándole sólo la penosa tarea de vivir los pocos días que faltaban hasta la llegada de Lydia, porque no admitía ni por un solo momento la idea de que no viniese. Conocía demasiado el carácter de la joven para dudar de su resolución. El sol brillante y ardoroso entraba por la ventana y la condesa, levantando las cortinas, contempló el extenso parque, cubierto de una niebla oscura

que corría sobre el musgo como una nube de humo, dejando percibir tan sólo las gotas de rocío que temblaban en los árboles, mientras los pajarillos jugueteaban cantando en las ramas.

Al límite de la llanura, en el camino, una carreta de bueyes continuaba su pesada marcha, mientras el conductor marchaba indolentemente aspirando el aire matinal. Mina se dijo:—Lo mismo pasó ayer, mañana pasará lo mismo, yo desapareceré y nada cambiará. ¡El universo contará con un átomo menos y nada más! ¡Pobre humanidad, que igualas tus dolores tan vanos y débiles á los mayores cataclismos del mundo, y te lamentas por algunos instantes de sufrimiento, cuando tienes ante ti la eternidad!—Volvió á dejar caer las cortinas, y, para olvidar, procuró dormir.

## XII

Hubiérase dicho que con las últimas vacilaciones de la señora de Fontenay habían desaparecido sus amargas dudas. En los días que siguieron al envío de su carta á la señorita Audrimont y á la llegada del marqués, estuvo contenta, sonriente, ataviada como en los días mas brillantes de su vida. Se hizo coqueta para la muerte como si hubiera querido seducirla y ha-

cerle estimar su conquista. Pensaba en su pena por tener el gusto de verla vencida. El marqués y Armando, sorprendidos por esta expansión inesperada después de una postración tan melancólica, experimentaron un verdadero goce por este cambio dichoso. No observaron todo cuanto aquello tenía de nervioso, de exaltado y de ficticio. Mina llevó el arte de su disimulo hasta á hacer proyectos para el invierno, hablando de irse á instalar á Cannes, de fletar un *yacht* de vapor y de recorrer muy despacio la costa de Nápoles. Parecía ávida de contemplar países nuevos, y manifestaba estar dispuesta, si la navegación no le parecía muy penosa, á ir hasta Egipto y remontar el Nilo. Manifestaba, al desarrollar su plan de viaje, una animación singular, una especie de fiebre de próxima partida. Ambos la miraron estupefactos, y el marqués la dijo:

—Pero mi querida condesa, como no va usted á emprender el viaje mañana, no hace falta que se exprese usted con tanto calor. Aguarde usted que llegue el momento de efectuarle y disfrutará del placer que le cause, pues de otro modo llegará usted á aburrirse del viaje antes de comenzarle.

—¡Bueno! Entonces haré proyectos nuevos é intentaré llevarlos á la práctica. Después de todo ¿no son los sueños lo mejor y mas cierto de la vida? Jamás alcanza la realidad su encanto, su bondad, su esplendor. ¡Soñemos!, ¡soñemos! Es el medio de ser dichosa.

Armando la observaba con ojos inquietos. Aquella vivacidad brillante, que sucedía al sopor acongojado de las semanas precedentes, le aterró extraordinariamente. Preguntóse varias veces si Mina, desequilibrada por sacudidas tan violentas, conservaría la plenitud de su razón; pero por extraña que fuese la animación de su mujer estaba impregnada de una afabilidad tan delicada que no era posible encontrar discordancia alguna que delatase un trastorno del espíritu. Reconstituyendo los hechos pasados, Armando logró acordarse de que así era su mujer cuando la amaba tanto, tal como la veía en aquel instante: exuberante de imaginación y rebosando gracia como en los tiempos pasados. Todo aquel esplendor se había eclipsado por culpa suya, pero existía en el fondo, por más que le hubiese velado la tristeza.

¿Dependería todo aquello de que haciendo un esfuerzo de imaginación, ó por medio de un arranque del deseo, procurase Mina reconquistar el encanto que la hacía tan seductora, á fin de intentar atraer al ingrato que se alejaba de ella, arrancándole á la sombría desanimación y al tedio mortal que le consumía? ¿No la había visto durante seis meses luchar ardentemente por desembarazarle de la atracción irresistible que sufría? Conocía su energía y su valor. ¿No podría ser aquella expansión que la reaccionaba una nueva prueba que ella intentase llevar á cabo?

Así lo creyó, agradeciéndoselo á Mina. Esta tuvo entonces la alegría suprema de verle sonreír y de observar que la animaba con una mirada llena de ternura; pero no tuvo la debilidad de creer que había vuelto á inflamar en su favor el corazón de su marido, ya muerto para ella. Sólo un estremecimiento de orgullo se posesionó de su alma por haber podido luchar victoriosamente contra el recuerdo de Lydia y vencer durante algunas horas. El marqués, ansioso de conocer las causas de aquella transformación, acompañó á Mina en su paseo para preguntarle discretamente. Adivinando la existencia de una herida todavía abierta, no osó tocarla sino con gran precaución. Habiéndole preguntado si tenía noticias de Lydia,

—Sí—le respondió Mina—y muy buenas por cierto. Va á regresar de Escocia, donde lleva dos meses, con objeto de hacer un largo viaje por España. Ya sabes que esas gentes nacidas en las colonias son verdaderamente nómadas y que no gozan sino andando por los caminos...

—¿No se ha casado todavía?

—¡No! Prefiere permanecer soltera...

—Al menos el barón de Cravant no tendrá ningún rival preferido...

—Muy satisfactorio es eso para su orgullo, pero no para su amor.

—¡Oh! Ya sabes que Pablo es muy tibio en sus impresiones. No ha sido muy ardiente ni en

su desesperación ni en su ternura. ¡Un humo poco espeso, una explosión muy ligera, pero no un incendio!...

—Nada parecido á un Vesubio...

—No, un volcancito de salón. La lumbre que se necesita para hacer una taza de té.

Ambos se echaron á reír; pero el viejo diplomático halló algo extraña la alegría de Mina y su risa le pareció tan aguda y estridente que le hizo daño. Continuó su interrogatorio.

—Mucho celebro que Armando haya recobrado su calma.

El rostro de la condesa se contrajo y una angustia repentina oprimió su garganta. Sólo respondió con un vago movimiento de cabeza. Tan rápido y tan completo fué el cambio, que el marqués no pudo dudar que la tranquilidad de su amiga era fingida y su alegría puramente artificial. ¿Por qué y para quién representaba aquella comedia? ¿Había dispuesto aquellos artificios para él tan sólo? ¿Cómo, después de haberle demostrado tanta confianza, se rodeaba de repente de tantas precauciones? El anciano adivinó un misterioso designio, y guiado, no por la curiosidad, sino por un verdadero interés, procuró descubrirle.

—A usted no le doy la enhorabuena. Conozco su fuerza de voluntad, pero á pesar de todo, confieso que me asombra ese proceder y este buen humor...

La condesa había tenido tiempo para recobrar su sangre fría. Removió la arena con la punta de su sombrilla y contestó con agradable sonrisa:

—¿Qué quiere usted? Envejeciendo se hace uno filósofo. Soy mucho más razonable desde hace algún tiempo, y el fruto de esta moral ha sido una resignación voluntaria y, por lo tanto, duradera. Mi marido, más joven en realidad que yo, y representando veinte años menos, ha modificado la ternura que me profesaba. ¿No sería una loca si quisiera amarle de distinta manera de como él me ama, y corresponder á su amistad con la pasión? He seguido su ejemplo, modificando también mis sentimientos, y aunque no lo he logrado sin lucha, he conseguido al fin lo que me proponía, triunfo del cual está usted viendo los efectos. En lugar de atormentarle con exigentes celos, tiene una libertad completa. En vez de reprimirle por el pasado y llorar, hago proyectos para el porvenir, procurando distraerle. Él se encuentra satisfecho, como usted habrá podido observar, y yo he hallado en ello singular contento. Era preciso, en una palabra, tomar el partido que he tomado valerosamente y normalizar mi vida. ¿Qué parece á usted mi decisión?

—La admiro, si es sincera.

—¿Cómo no había de serlo?

—¿Cuánto durará?

—¡Quién puede saber lo que viviremos nosotros!

—Cuando desaparezcamos todo terminará y los acontecimientos tomarán el giro que puedan...

La condesa se puso muy seria de pronto.

—No—dijo—no el giro que puedan, sino el que deban tomar. Me preocupo hasta de lo que sobrevendrá después de mí.

El marqués miró fijamente á la condesa, pero la halló impasible.

—Mientras viva haré todo lo posible porque Armando encuentre la vida dulce y apetecible. Pero cuando yo falte...

—Amiga mía, si quedan á usted veinte años de vida...

—Cuando yo falte—repitió enérgicamente Mina, sin detenerse por la interrupción y prosiguiendo con firmeza el pensamiento comenzado—¿quién me reemplazará cerca de él? No puede vivir solo, porque acaso le he cuidado y mimado demasiado. Pero ¿quién volverá á prodigarle las dulzuras á las cuales le tenía acostumbrado con tanto placer?

Tomó el brazo del marqués, le oprimió con fuerza y añadió:

El sufrimiento consume la vida; yo he sufrido mucho moralmente desde hace algunos meses, y sufro físicamente mucho, sin decirlo. Puedo desaparecer muy pronto... lo sé...

Quiso el marqués protestar, pero su interlocutora le impuso silencio con una mirada imperiosa.

—No hablo por hablar. No temo á la muerte por mí, sino por los que dejo en el mundo. Pues bien, oiga usted cuál es mi última voluntad; sea el depositario de ella y déla á conocer cuando lo crea conveniente. Deseo que Armando se case con la señorita Audrimont. Dígaselo usted el día que los vea desesperados y comprenderán que les ordeno que vivan y al par cuán grande é inmensa era la ternura que yo les profesaba.

Aterrado, entreviendo en el alma de Mina sentimientos profundísimos que jamás sospechara, el marqués quiso pedir explicaciones, reducir á la nada, desvanecer las aprensiones de la condesa, discutir sus planes, lanzar un poco de luz en el tenebroso abismo en que acababa de verla sumida. Pero Mina cambió de tono y dijo con jovialidad:

—Hemos hablado mucho y demasiado en serio durante largo tiempo, merced á lo cual me ha predisuesto usted á la melancolía... Pero lo dicho, dicho está... y no quiero pensar más en ello.

Le condujo al castillo al lado de Armando, y el marqués no pudo reanudar aquella conversación. Había quedado bajo una impresión tan triste, que le duró hasta la noche, á pesar de los esfuerzos de la condesa, que hizo prodigios de amabilidad y habló con una fluidez y una facilidad notable. Después de la comida se sentó al piano y cantó, como ella sabía cantar, las estrofas de *Safo*, en el momento de lanzarse al abismo,

menos amargo para ella que sus lágrimas. Las expresó con un sentimiento tan punzante y desgarrador, que las lágrimas brotaron de los ojos de los que la oían. Al fin del fragmento musical los encontró silenciosos, y al verlos conmovidos, se burló de ellos, y para cambiar sus impresiones empezó un vals de Strauss. De aquel modo les tuvo llenos de asombro, atónitos, encantados.

Hacia las diez de la noche, en el momento de servir el té, se presentó un lacayo con un telegrama dirigido á la condesa y conducido por un propio desde la estación vecina. Mina le abrió, le leyó y palideció un poco, al mismo tiempo que una sonrisa se dibujó en sus labios. Fue una impresión á la vez alegre y melancólica, parecida al efecto de un rayo de sol á través de una lluvia de estío. Desapareció pronto la palidez y sólo quedó la sonrisa.

—¿Qué ocurre?—preguntó Armando algo inquieto.

—Nada importante. Es de mi modista, que tiene una duda sobre una labor que la he encargado, y me consulta por telégrafo para no tener que interrumpirla. Estos despachos no son de los que hacen bajar la Bolsa.

Y alegre siempre, sonriente, encantadora, prolongó la velada hasta las once, á cuya hora los dos caballeros la acompañaron hasta su habitación, donde les despidió dándoles las buenas no-

ches. Ni la menor emoción en su mirada, ni el más ligero temblor en su voz despertaron sospecha alguna en Armando ni en el marqués. Les despidió á la puerta con aire de alegría, estrechó la mano del anciano, abrazó á su marido, y al separarse repitió afectuosamente: «Hasta mañana.»

Pero apenas quedó sola, despidió á su doncella, se dejó caer estenuada por la fatiga del horrible papel que acababa de representar, y prorumpió en sollozos. No tenía necesidad de más engaños, estaba á solas consigo misma y todo había concluído. Acababa de recibir su sentencia de muerte, que era aquel despacho leído intrépidamente ante los ojos de su marido y del marqués, y que entonces estrujó con furor entre sus crispadas manos. Volvió á abrirle, sin embargo, y á leerle para asegurarse de que no había error posible. Contenía estas palabras: «Acabo de llegar á París. Estaré en Cravant mañana á las once.—LYDIA.»

Al llegar Lydia á Cravant, Mina estaría ya en su ataúd. No había prórroga, recurso ni indulto posibles. Llamar á Lydia era lo mismo que firmar su propia condenación. *Una á otra*, pero jamás las dos juntas al lado de Armando. Puesto que era necesario que fuese Lydia para que aquel á quien Mina lo subordinaba todo tuviese fuerzas para vivir, ella tenía forzosamente que desaparecer. Pero al aproximarse la hora decisi-

va, la mártir temblaba. Su alma tenía heroísmo para resolver, pero la carne era débil ante la ejecución. En la estancia donde había pasado los diez mejores años de su vida, lloraba amargamente, recordando el bien perdido.

En medio de su espantosa agonía buscaba un apoyo en su alrededor, y no encontrándole elevó los ojos al cielo. Rezó, pidiendo á la par á Dios que la perdonase su sacrificio y que le diera fuerzas para realizarle. Aquel que había muerto por la salvación de la humanidad debía apiadarse de la que iba á morir por la salvación de un hombre. Cuando se levantó estaba más tranquila y resignada.

Puso en orden sus papeles, quemó el telegrama de la señorita Audrimont, anunciando su llegada, y no pudo menos de observar con ironía que el drama cuyo desenlace iba á efectuarse al cabo de un instante, había comenzado por un telegrama de Lydia y terminaba del mismo modo; el problema de su destino se encerraba entero entre dos delgadas hojas de papel azul. Se acercó al balcón, buscó con la mirada la ventana de la habitación de su marido y la vió sombría como la noche en que iba á entrar por una eternidad. Entonces, exhalando un profundo suspiro, se echó en el lecho, del cual no había de levantarse nunca.

Vino el alba y nada alteró el silencio que reinaba en el palacio. La señora de Fontenay

salía habitualmente muy tarde de su habitación; pero á las diez y media de la mañana entró su doncella, y no oyéndola moverse, se acercó al lecho y corrió las cortinas. Entonces retrocedió lanzando un grito penetrante. Después, horrorizada, dejando las puertas abiertas, huyó, no pudiendo proferir más palabras que:

—¡La señoral ¡Dios mío! ¡La señoral!...

Al oír aquel ruido, acudieron Armando y el marqués, que estaban juntos en la biblioteca, y al ver el terror de aquella muchacha, su temblor y sus palabras entrecortadas, desprovistas de una significación precisa, sospecharon una desgracia. Sin aguardar á interrogarla corrieron á la alcoba de Mina. Al llegar al dintel de la puerta se detuvieron inmóviles de estupefacción y de dolor. Ante ellos estaba Mina, tendida, pareciendo dormir, pero con las sombras de la muerte impresas sobre su frente. Sus manos estaban cruzadas, parecía orar. Su boca sonreía, como si gozase de un sueño dichoso.

Armando, dominando su estupor, corrió hacia el lecho y se lanzó sobre el cuerpo inanimado. Sintió el frío de la muerte, retrocedió con horror y cruzó con el marqués una mirada llena de angustia. Tuvo conciencia de su espantoso abandono, se vió perdido, entregado á sí mismo, y más helado todavía que la muerta, murmuró:

—¿Y ahora, cómo vivir?

El recuerdo de todos cuantos tormentos había

originado á aquella pobre mujer á quien entonces echaba de menos amargamente, le espantó. Se juzgó criminal, se acusó de haberla asesinado, y entre quejas desgarradoras, con la cabeza apoyada en sus crispados puños, olvidándose de todo lo que no era su inmensa pena, sollozó locamente. El marqués, en la penumbra, empezando á comprender el sentido misterioso de las últimas y supremas recomendaciones de Mina, miró con áspera tristeza á aquel hombre que tenía bastante sensibilidad para llorar á su víctima, pero que no había tenido suficiente valor para salvarla. Viéndole tan abatido y recordando la suprema clemencia de Mina, no quiso despojarse por completo de piedad y se disponía á decirle algunas palabras de consuelo, cuando observó que se encaminaba á la puerta con la mirada extraviada. Dió un paso para seguirle, pero Armando le detuvo con un gesto, diciéndole con voz ahogada:

—Quédese usted á su lado...

—No — repuso el anciano — no abandonaré á usted...

—¿Qué teme usted, pues?

El marqués le miró profundamente, y dijo:

—Lo que ella misma temía.

Armando palideció terriblemente, y con los ojos trastornados, casi ciego, exclamó:

—¿Ella ha dicho á usted?...

—No pudo acabar...

—Me dijo—continuó el anciano con firmeza— que se sentía herida de muerte y que la quedaba poco tiempo de vida. Me encargó que velase por usted, y que cuando no existiese le hiciera conocer su última voluntad.

—¿Me había perdonado?

—Amaba á usted.

Armando lanzó un grito terrible.

—¡Ah, he sido yo quien la ha matado!—gritó— ¡Yo, miserable de mí, he sido su verdugo! ¡Cuando me era tan fácil hacerla dichosa, la he torturado, y ahora no sé cómo podré sobrevivirla! Ella era el ángel de mi guarda sobre la tierra, y hoy me encuentro solo... ¡Oh, qué soledad tan desesperante!...

Y presa de un abandono abrumador, cayó de rodillas. En el mismo instante oyóse rodar sobre la arena del patio un carruaje, que se paró debajo de la ventana, y á sus oídos llegó una voz que, resonando en el silencio fúnebre del castillo, les hizo estremecerse. Aquella voz decía:

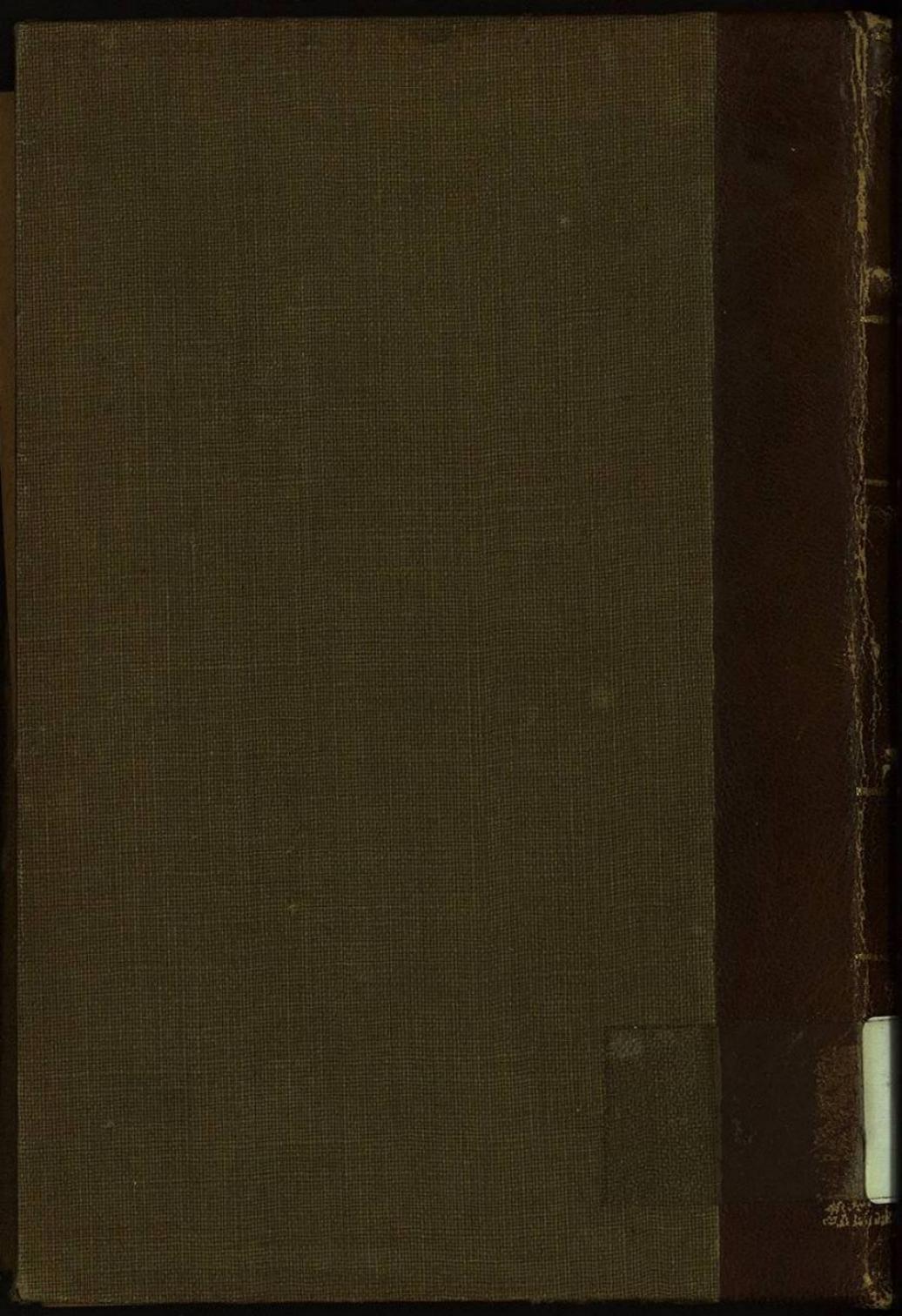
—¿Y la condesa? ¿Dónde está la condesa?

Nadie respondió.

Armando y el marqués permanecieron inmóviles en la habitación, escuchando un paso ligero que se aproximaba. Lydia no tardó en aparecer en el dintel de la puerta, que había quedado abierta. Una mirada del marqués le mostró á Mina inanimada y al conde llorando junto á ella. La joven lanzó un doloroso suspiro, hizo la

señal de la cruz, y sin decir una sola palabra se arrodilló al lado de Armando. Un rayo de sol entró por la ventana, iluminando la frente de la muerta, y entonces el conde creyó que en su último sueño le sonreía. Indudablemente su alma, cerniéndose sobre aquellos á quienes había amado en la tierra, se regocijaba por haber llamado á Lydia en el instante en que ella abandonaba á Armando.

FIN



1870  
1871